

“Prácticas Sociocomunitarias en C.U.R.A.: relato de una experiencia”

Victoria Di Césare

3° año de Bibliotecario Documentalista

victoriadicesare1@gmail.com

Resumen:

Se relata una experiencia de trabajo bibliotecario realizado en la cooperativa de separación de residuos C.U.R.A. durante el año 2014. Dicho trabajo fue desarrollado en el marco de las Prácticas Socio-Comunitarias llevadas a cabo por integrantes de la Universidad Nacional de Mar del Plata. Se destacan los aprendizajes obtenidos en el contexto marginal de la cooperativa, tanto desde una perspectiva de tipo profesional como también social.

Palabras clave:

Prácticas Socio-Comunitarias – Cooperativa – Bibliotecología – Universidad

Comencé a participar de las Prácticas Socio-Comunitarias en C.U.R.A. a comienzos del año 2014. En ese entonces me hallaba en busca de alguna actividad extracurricular en la que pudiera aplicar todos los conocimientos que iba adquiriendo en la carrera, por lo que apenas supe de las Prácticas me acerqué a su directora, Marcela Coringrato, para informarme más acerca de ellas y evaluar la posibilidad de integrarme al equipo de trabajo existente. Desde hacía aproximadamente un año, Marcela y otros profesores y alumnos de la Universidad venían trabajando en un proyecto en C.U.R.A., aunque éste no tenía relación alguna con la Bibliotecología. Hasta el momento, los fines de las visitas a esta cooperativa habían sido asistir a sus integrantes en el manejo de la administración del lugar y llevar a cabo clases de alfabetización y de apoyo escolar en diferentes materias.

C.U.R.A. (Común Unidad de Recuperadores Argentinos) es la única cooperativa de separación de residuos de Mar del Plata. Fue conformada hace ya más de 10 años gracias a las ganas y al empeño de un grupo de personas que, desde siempre, se habían ganado la vida trabajando en el basural. Realizar su labor inmersos en montañas de basura sin distinción, bajo las inclemencias del tiempo y a merced de toda clase de enfermedades no constituía ciertamente un buen ámbito, por lo que la creación de la cooperativa significó para ellos un gran avance en su calidad de vida. Actualmente, C.U.R.A. cuenta con alrededor de 50 cooperativistas quienes, si bien continúan viviendo de los residuos, lo hacen en un ambiente más controlado, bajo techo y con una estructura de cintas transportadoras aptas para su separación.

Acudí a la cooperativa junto a Marcela y algunas personas más durante todo un año. Desde un comienzo, las visitas fueron pautadas los martes al mediodía, ya que en ese momento podíamos encontrarnos con quienes salían de trabajar y con quiénes ingresaban a cumplir su turno. Como estudiante de la carrera de Bibliotecario Documentalista mi tarea consistió en comenzar a armar una biblioteca que fue ubicada, a falta de otro espacio, en un sector del salón comedor. Aún antes de comenzar este proyecto, los cooperativistas separaban los libros que encontraban en la basura y los resguardaban de las prensas de papel. Gracias al cuidado puesto en esta tarea fue que, ya en mi primera visita al lugar, pude ver los materiales con que contábamos para construir la biblioteca. A ellos se sumaron, más adelante, algunas donaciones provenientes de la Biblioteca Central de la Universidad y de otras entidades.

A lo largo de todo el año en que visitamos C.U.R.A., el procesamiento del material consistió en la construcción manual de un inventario, el cual era copiado periódicamente a una planilla Excel que usábamos como copia de seguridad. Debido a que las horas de visita solían resultarnos escasas, lamentablemente nunca pudimos pasar del inventariado de los libros a su catalogación o clasificación. Sin embargo, esta herramienta cumplió con una importante función porque nos permitió identificar una situación muy triste de observar: poco a poco los libros que con tanto esmero limpiábamos y acomodábamos en los estantes iban desapareciendo.

A pesar de todas las adversidades que debimos enfrentar, vinculadas al trabajo bibliotecario en sí y al medio en que lo

llevábamos a cabo, las energías y la pasión del equipo por este proyecto no decayeron ni variaron un ápice durante el año. Una cosa sí cambió en mí, sin embargo: el conocimiento de cuáles eran las funciones que cumplía tanto nuestra presencia en el lugar, como el armado de la biblioteca. Utilizar el término en este caso puede resultar un poco engañoso. La realidad es que eso que nos empeñábamos en construir cada semana se parecía muy poco a una unidad de información, pero constituía una excelente excusa para continuar visitando C.U.R.A. Porque, a fin de cuentas, armar una biblioteca en una cooperativa de separación de residuos, donde la gran mayoría de los trabajadores poseen una educación muy básica o hasta nula, significaba una gran utopía. Porque, a fin de cuentas, armar una biblioteca con todas las características y funciones que éstas deben cumplir a partir de libros extraídos de la basura y algunas pocas donaciones significaba una utopía aún mayor.

Nuestra vinculación con los cooperativistas siempre fue muy dispar. A lo largo del año logramos relacionarnos con unas 10 personas de ese total de 50 y, aún más, sólo conseguimos entablar un diálogo y explicar nuestro proyecto a apenas 5 o 6. Así las cosas, continuamos yendo a trabajar en el armado de la biblioteca cada semana. Una de mis mayores recompensas personales vinculadas a esto fue el interés que demostró Víctor, el cooperativista que recibía las clases de alfabetización, luego de meses de visitar C.U.R.A. semanalmente. Hasta ese entonces, él nunca se había acercado mientras limpiábamos los libros o trabajábamos en el inventario, como tampoco nos había preguntado de qué se trataba nuestro proyecto. Sin embargo, un día lo hizo. Se

acercó y me preguntó qué hacía además de ir a C.U.R.A. Cuando le conté que estudiaba una carrera llamada Bibliotecario Documentalista su primera reacción fue reírse movido, creo yo, por su falta de comprensión, aunque luego demostró un mayor entendimiento cuando le expliqué que iba a ser bibliotecaria. Más adelante quiso saber qué era ese libro que tenía sobre la mesa, a lo cual respondí que se trataba de un inventario, es decir, un listado de todos los libros que teníamos en las estanterías. Su grado de interés me sorprendió pero, fundamentalmente me llenó de alegría, ya que nunca antes se había manifestado tan curioso por nuestro trabajo. Mirando en retrospectiva mi paso por C.U.R.A. rescato esta ocasión como la más grata y satisfactoria para mí.

Con el fin de no olvidar todas las pequeñas anécdotas que iban surgiendo semana a semana en la cooperativa, dediqué parte de mi tiempo a la confección de una bitácora. Al regresar a casa luego de cada visita, o incluso durante el viaje de vuelta, me tomaba unos minutos para pensar y anotar cuáles habían sido los avances o retrocesos del día, qué actividades habíamos realizado para la biblioteca, cómo se habían desarrollado las clases de alfabetización de Víctor, y qué situaciones había presenciado en el lugar. El resultado de esta tarea constante y, a veces, hasta difícil de afrontar fue una recopilación de mínimos relatos que conservan la frescura de las experiencias que se escriben apenas se vivencian. Mi primer párrafo, escrito el 29 de abril, fue:

“Primera visita a C.U.R.A., la cooperativa de separación de residuos de Mar del Plata. El hedor putrefacto era insoportable. Más insoportable aun, sin embargo, es la perspectiva de no poder hacer lo suficiente por esas personas.”

Y entre los que relatan las experiencias más memorables para mí rescato los extractos que siguen:

10 de junio

“Quinta visita a C.U.R.A. Tarde de mucho trabajo, entre frenético y apacible. Frenético porque quise ser especialmente productiva para subsanar mi ausencia del martes pasado. Apacible porque estuvo acompañado del balbuceo entrecortado de Víctor, la lectura de un cuento, y muchas, muchas risas. A sus casi 30 años, Víctor está aprendiendo a leer. Luego de casi 30 años, Víctor, hoy, escribió su fecha de nacimiento.”

19 de agosto

“Novena visita a C.U.R.A. 90 libros inventariados. La vuelta al trabajo luego de las vacaciones fue muy agradable; mi reacción frente a eso, inesperada hasta para mí misma. No me había percatado de lo mucho que extrañaba ir a la cooperativa hasta que estuve allí, anotando datos y trazando líneas, sentada en mi rinconcito de siempre, buscando un poco del calor del sol. Sólo un episodio empañó un poco mi buen humor. Una de las cooperativistas charlaba con la coordinadora del proyecto, Marcela, mientras esperaba que su hijo fuera a buscarla. Pasaban los minutos y nada. Al cabo de un rato, recibe una llamada, y al colgar dice que se irá caminando. Caminando. Hasta Chapadmalal. A 11 kilómetros de distancia. Luego de una larga jornada de trabajo. La falta de recursos duele.”

9 de septiembre

“Décima visita a C.U.R.A. Tristemente, hoy no pudimos hacer más que recluirnos en la cocina. Resulta que nuestra incipiente biblioteca funciona también como comedor y sala de reuniones.

Resulta que hoy, justo hoy en nuestro horario de visita habitual, gente de la municipalidad estaba manteniendo una reunión con algunos representantes de la cooperativa. Si bien dicho de esta manera parece una excelente noticia, la realidad es otra. Como en tantos otros lugares, acá también proliferan las promesas incumplidas, la espera interminable y la falta de voluntad política. ‘Sólo les pedimos que nos traigan basura’, decía una de las cooperativistas entre lágrimas. ¿Qué agregar a este pedido? Nada, es imposible agregar nada.”

El paso del tiempo y la acumulación de conocimientos y experiencias nos hicieron darnos cuenta de que no había dos semanas iguales en C.U.R.A. Cada visita fue diferente de la anterior ya que en ellas nos vimos constantemente expuestos a vivencias de lo más variadas. Desde las primeras charlas con Sebastián, Víctor o Carlos; hasta aquella asamblea que nos obligó a retornar sin siquiera poder entrar a saludar. Desde tener que empujar el auto, único medio de transporte del grupo que accidentalmente se había quedado sin batería; hasta llegar a fin de año con budines y gaseosas para compartir a modo de despedida.

Si algo es seguro es que C.U.R.A. siempre nos llenó de sorpresas, desafíos y satisfacciones. Creo fehacientemente que esta experiencia me formó en innumerables aspectos, tanto profesionales como personales; mi vocación de servicio y disposición para desarrollarme en cualquier clase de ámbito laboral crecieron en gran medida. Espero, a través de estas palabras, reflejar al menos en parte la naturaleza del proyecto, del lugar en que lo emprendimos y de las personas que fueron y aún son sus destinatarias; y también espero lograr transmitir todo el entusiasmo

que me embargó cuando comencé a participar de las Prácticas Socio-Comunitarias. Fue precisamente este gran entusiasmo el que me ayudó a dejar de lado mis prejuicios y a perder el miedo de enfrentar una realidad tan dura como es la de C.U.R.A.